



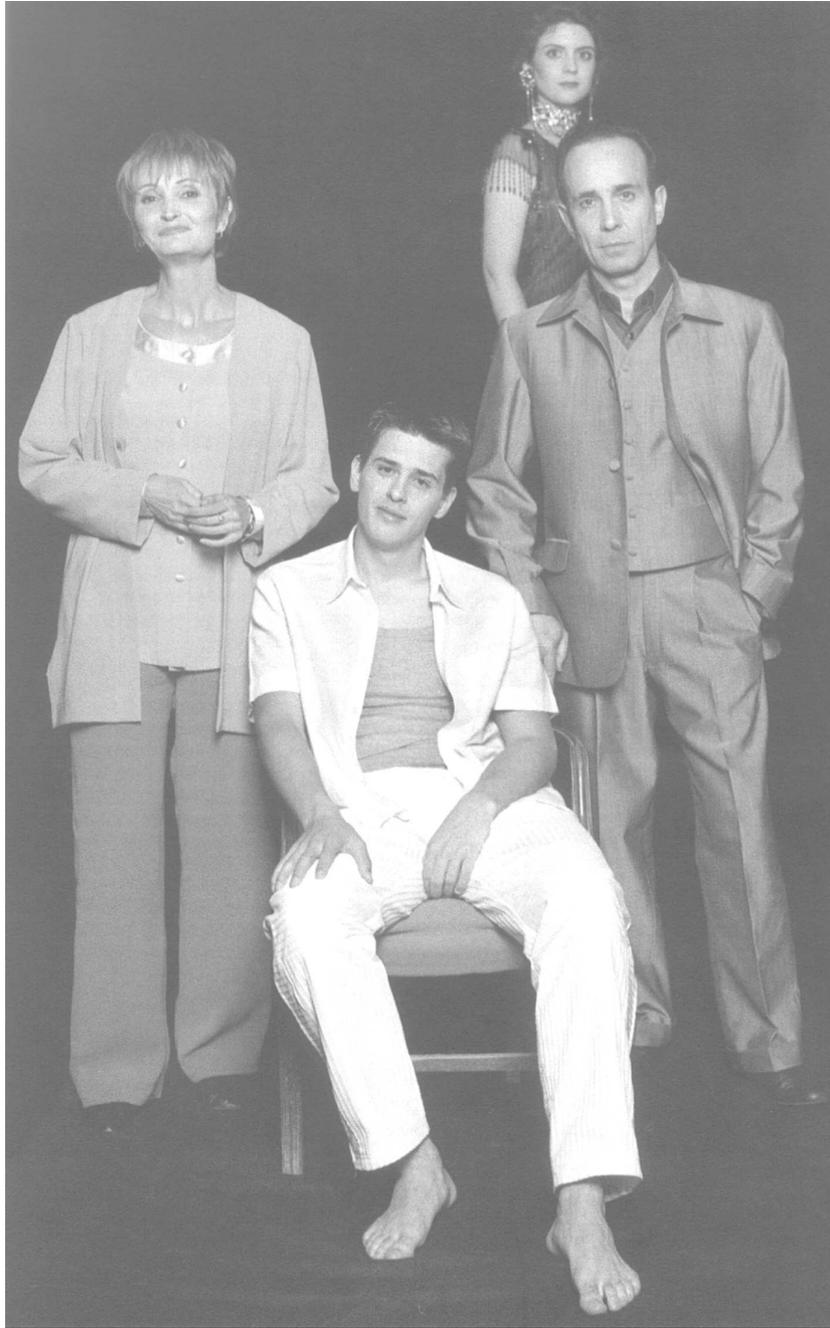
LA MISMA HISTORIA

Pedro Manuel Vllora



Fragmento

*Al padre S., la madre J.,
el hermano S., el hermano J. J.,
y la hermana A. R.,
sin cuya presencia esta historia no habrfa sido la misma.*



La primera versión de *La misma historia* se escribió en 1989. En 2000 obtuvo el accésit del Premio Lope de Vega y ese mismo año fue publicada por la editorial La Avispa con un prólogo de Nuria Espert y un epílogo de Ignacio Amestoy.

En 1998 se hizo una lectura dramatizada en la Sala García Lorca de la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid dentro del ciclo "Detrás de las sombras II" organizado por la Asociación de Directores de Escena. El equipo de la lectura fue el siguiente:

Lina, Madre: Charo Soriano
Padre, Maestro, Miguel: Pepe Martín
Hijo, Él, Muchacho: Eloy Azorín
Ella: Yaël Barnatán

Viola: Irene Argüello
Viola: Bibiana Arranz
Violín: Íñigo Aranzasti
Violín: Manuel Fuentes

Iluminación y dirección: Carlos Marchena

La versión definitiva de *La misma historia* se escribió en 2001. El 17 de abril de 2002 se estrenó en el Teatro Pavón de Madrid dentro de la programación del Centro Dramático Nacional, coproductor del montaje junto a la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. El equipo del espectáculo fue el siguiente:

Hijo, Él, Muchacho: Vicente Camacho
Padre, Maestro, Miguel: Alberto de Miguel
Ella: Sara Illán
Madre, Lina: Amparo Pamplona

Escenografía: Gerardo Trotti
Vestuario: Rafael Garrigós
Composición musical: Miguel Tubía
Coreografía: Carlos Vilán
Dirección: Juanjo Granda

Personajes

HIJO
PADRE
ÉL
ELLA
MADRE
MUCHACHO
MAESTRO
LINA
MIGUEL

División de papeles

Actor joven: HIJO, ÉL, MUCHACHO
Actor mayor: PADRE, MAESTRO, MIGUEL
Actriz joven: ELLA
Actriz mayor: MADRE, LINA

Es, pues, bajo el signo de un impulso interior sumamente peculiar, como queremos presentar el drama que se desarrollará a continuación.

JEAN GENET: *Querelle*

¡Es imposible analizarlo y profundizarlo todo si queremos seguir adelante!

THOMAS MANN: *La montaña mágica*

Aquel día hizo lo que todos los días.

ANA MARÍA MATUTE: *El tiempo*

Escena I: Historia del hijo

(Una cama. El HIJO sentado en primer término. Al fondo, figuras entrevistas.)

HIJO.— Todo, y cuando digo todo me refiero a cuanto va a poder ser contemplado a partir de ahora mismo; todo, repito, forma parte de lo que en algún momento del pasado habría sido considerado mi sacrificio expiatorio. Sé que hoy, en cambio, ya no es tiempo de sacrificios, ni de expiación pública de los pecados; tal vez ni siquiera sea tiempo de redención. No importa, porque nada de lo que quiero contar tiene que ver con el pecado. Nada, aunque lo pueda parecer, es fruto de un deseo inmoral... Pero yo no soy quién para hablar de deseos y culpas, y quizá en mí habite una mancha cuyo escondrijo ignoro. Si esa mancha existe, quisiera saber en qué lugar se encuentra, cómo surgió, a qué me obliga, cuál es su fin... Aunque no sé qué estoy diciendo. Me contradigo. Hablo de una mancha que no sé si existe. Afirmo que no he pecado y sin embargo planteo un sacrificio, un intento de borrar cualquier culpabilidad y recuperar la inocencia, mi inocencia. No puedo defender a la vez una cosa y su opuesta. Debo decidir y elegir entre dos contrarios, pero no tengo una idea clara de mí, no sé lo que me pasa, no estoy seguro de lo que quiero, no sé abrir mi corazón. Doy demasiados rodeos para hablar de mí, pero yo sólo sé contar historias... Esta es la historia de un hijo que

cuenta historias a unos padres que no siempre las quieren escuchar. Y esta es también la historia de unos padres que quisieran escuchar otra historia de labios de su hijo, la historia verdadera, la historia real. ¿Pero acaso alguien sabe cuál es la verdad de su historia? ¿Sabe el padre cuál es la verdad? ¿Lo sabe la madre? ¿Lo sabe el hijo? La verdad no se puede contar. Para decir la verdad se han inventado las historias. Esta es la historia de una verdad que no se puede contar, aunque se cuenta, y de personas que no quieren escuchar, pero que escuchan. Y es una historia de sobras conocida: la de cualquier hijo que se hace mayor... Para contar algo fácil y pequeño he creado muchas historias. Historias de padres e hijos, de madres e hijos, de padres y madres y hasta de hijos y hermanos. Historias que son, todas, la misma historia, y que no me atrevo a contar, por eso he pedido a mi padre que esté aquí, a mi lado, para apoyarme en él y que sea él quien os cuente una historia que, quizá, también tenga que ver con su propia historia.

Escena II: El camino de los sueños

PADRE.— Esta historia que voy a contar, que debo contar, no es la mía. No es mi historia. Nunca lo ha sido, y espero, deseo, que nunca lo sea. Habla de un muchacho que podría ser mi hijo, pero que también podría no serlo, y de una joven que podría ser hija mía, pero que seguramente no lo es. Es la historia de un hermano y de una hermana, que son ellos; pero yo, que no sé casi nada, tampoco sé sus nombres. Mi hijo, el que sí es mi hijo, y que es quien ha imaginado esta y el resto de las historias, no me ha dicho cómo se llaman. Y eso me molesta, porque no tengo tanta imaginación como él ni me muevo bien en terrenos..., y pido perdón por una pedantería que no va conmigo..., en terrenos abstractos. Debo referirme a ellos simplemente como ÉL y ELLA, aunque preferiría utilizar nombres propios, concretos, de la misma manera que prefiero saber que tienen una cara, y no otra, así como un cuerpo, que es uno, ese, y no otro. Digamos que este hermano y esta hermana están en un espacio concreto y real que es la casa de ELLA, y, para ser más precisos aún, en su dormitorio, probándose unos jerseys... Y están solos, aunque su historia no pueda entenderse sin una madre y un padre que, por suerte, no se parecen en nada ni a mi esposa ni a mí. Aunque esto último lo digo yo, no mi hijo, porque al contarme la historia por primera vez tuve la impresión, quisiera creer que falsa, de que él pensaba otra cosa.

ÉL.— ¿Este?... No, seguramente no... Es que me cuesta decidirme.

ELLA.— Te puedes quedar todos los que quieras.

ÉL.— Me basta con uno. Para dos días tan sólo no necesito saquear tu guardarropa.

PADRE.— *Me pregunto qué hace el chico en el dormitorio de su hermana, por qué se prueba su ropa, para qué necesita un jersey.*

ÉL.— ¿Y si me quedase con este?

ELLA.— Por favor, no seas ridículo.

ÉL.— Pues es tuyo. Tú sabrás por qué te lo has comprado.

ELLA.— No me lo recuerdes que ni yo lo sé. Debía de tener una depresión o algo por el estilo. No creerás que he sido capaz de ponerme esto alguna vez.

ÉL.— Sí, sí; disimula ahora si quieres, pero acabas de perder todo tu prestigio de señora elegante, hermanita. No será a ti a quien recurra cuando necesite consejo.

ELLA.— Mejor sería que te callases y escogieses algo. Ya has visto todo lo que tengo, así que no puedes elegir salvo entre estos.

ÉL.— No sé; no hay ninguno que me atraiga especialmente.

PADRE.— *¿Especialmente? ¿Qué quiere decir “especialmente”?*
¿Por qué habla así, tan raro?

ELLA.— ¿Por qué no te quedas este?

ÉL.— ¿Tú crees?... Sí, quizá... pero no.

PADRE.— *No le gusta. No son estas las cosas que a él le gustan.*

ÉL.— Este mejor, ¿verdad? Sí, me lo llevo; es el que me sienta perfecto.

ELLA.— ¿Estás seguro?

ÉL.— ¿No te gusta?

ELLA.— No es que no me guste, pero no creo que sea el color adecuado para ti.

ÉL.— ¿Por qué no? ¿Eh? ¿O es que vas a tener ahora prejuicios también tú?

ELLA.— Cállate, no sabes lo que dices.

ÉL.— Sí, sí lo sé; y tú también lo sabes. ¿O acaso te estás volviendo como él?

PADRE.— *¿Cómo quién?*

ELLA.— Basta. No pensé que te pusieses así por una tontería. Vístete del color que quieras y no le des más importancia.

ÉL.— Perdona; es que me dejo llevar.

ELLA.– Da igual.

ÉL.– No, no da igual, y me da rabia no saber contenerme.

ELLA.– Vamos, déjalo. No vamos a preocuparnos por nada después de dos años sin vernos.

PADRE.– Tanto tiempo sin verse, sin saber el uno del otro, sin conocerse.

ÉL.– Sí, tienes razón, ya sé, pero es tan difícil entender que el tiempo pasa y que las cosas pierden su antigua dimensión. Se supone que ya deberíamos estar acostumbrados a que siempre ocurra así, pero no.

PADRE.– Noto dolor.

ELLA.– No debes hablar así.

PADRE.– Noto tristeza.

ÉL.– Es posible, pero cuesta demasiado olvidar la humillación constante, despreciar el desprecio de los otros y sus burlas.

PADRE.– Rencor.

ELLA.– No he querido volver a verte para que te muestres derrotado y al borde de la autocompasión.

ÉL.– Tú puedes decirlo, pero a mí la propia compasión es lo único que me queda.

ELLA.– Sabes que eso es falso. Aún me tienes a mí.

ÉL.– ¿A tí? ¿Cuándo? ¿Dónde has estado, que no te he visto?

PADRE.– Noto rencor.

ELLA.– Eres cruel.

PADRE.– Y es mutuo.

ELLA.– No fui yo quien se marchó de casa y estuvo casi dos años sin dar señales de vida.

ÉL.– ¿Acaso me lo vas a reprochar? No había más solución.

PADRE.– Pero nunca hay solución si no se busca.

ELLA.– No había más solución porque tú no quisiste buscarla. Era más fácil huir como un niño que discutir la realidad de un modo maduro y racional.

PADRE.– Nunca hay solución si no se busca.

ÉL.– ¿Cómo puedes ser tan cínica? Acusarme de inmadurez precisamente tú.

ELLA.– Inmaduro, sí; y además débil y cobarde.

ÉL.– Sabía que no debía venir. Está visto que nada ha cambiado.

ELLA.– Calla.

PADRE.– *Sigue hablando.*
ÉL.– Era demasiado bonito pensar que podríamos estar juntos otra vez, como antes...
ELLA.– *Cállate, por favor.*
PADRE.– *Escucha.*
ÉL.– ... como se supone que deben estar dos hermanos.
PADRE.– *Dos hermanos.*
ELLA.– Me haces daño.
PADRE.– *Hermana y hermano.*
ÉL.– Lo siento.
PADRE.– *Son hermanos. Hermanos.*
ELLA.– No, no lo sientas; no te importe mi dolor. A veces es mejor decir lo que se piensa que mantenerlo oculto por un pudor estéril.
ÉL.– Creo que debo irme
PADRE.– *Pero no se irá.*
ÉL.– Esto ya no puede funcionar.
PADRE.– *Ya se ha ido una vez.*
ELLA.– *Quédate.*
PADRE.– *Nadie se marcha dos veces.*
ELLA.– Tal vez lo que nos falla es no habernos pegado nunca.
PADRE.– *Nadie regresa para marcharse de nuevo.*
ELLA.– Quizá haga falta hacernos daño de una vez para depurarnos y poder comenzar a estar de nuevo juntos.
ÉL.– Puede ser, pero no sé cómo.
ELLA.– Acabas de gritarme y te he cortado. Hazlo de nuevo. Vamos; grítame.
PADRE.– *Grítale.*
ÉL.– No.
PADRE.– *¿Por qué no?*
ELLA.– Sí, grítame.
PADRE.– *Hazlo.*
ELLA.– Yo te lo pido.
PADRE.– *No puede.*
ÉL.– No puedo.
PADRE.– *No puede.*
ELLA.– Claro que puedes.
PADRE.– *Nunca ha podido.*

ÉL.— No, de verdad que no puedo.
PADRE.— Él nunca puede.
ELLA.— Antes pudiste y ahora también.
PADRE.— Se negará.
ÉL.— Pero ya no es lo mismo.
ELLA.— ¿Por qué no?
PADRE.— Pondrá una excusa.
ÉL.— Porque ya no es como antes.
ELLA.— Lo es si tú quieres.
PADRE.— Cualquier excusa.
ÉL.— Pero no sería natural.
ELLA.— Sí lo sería.
ÉL.— ¿Por qué? ¿Acaso sabes tú qué es lo natural?
PADRE.— ¿Lo sabes tú?
ELLA.— ¿Lo natural?
PADRE.— ¿Qué sabes tú de lo natural?
ELLA.— No sé...; tal vez sea lo espontáneo, lo que no se provoca conscientemente, sino que viene dado por la situación.
ÉL.— Entonces no hay nada natural; y si lo hay, yo no lo he visto.
ELLA.— Claro que existe lo natural; no todo está sujeto a planes y proyectos detallados.
PADRE.— ¿De qué hablas tú ahora?
ÉL.— Falso; todo está determinado y controlado por la voluntad.
PADRE.— ¿Qué significa esto?
ELLA.— ¿Por qué eres tan negativo?
PADRE.— ¿Qué hago aquí?
ÉL.— No soy negativo.
PADRE.— ¿Qué hago contando una historia en la que no creo?
ÉL.— Sólo te digo que no sería natural comportarnos como antes.
ELLA.— Pero estaría bien.
PADRE.— Una historia en la que he dejado de creer.
ÉL.— Tú lo que quieres es pretender que nada ocurrió entre nosotros.
PADRE.— Que no quiero creer.
ELLA.— ¿Y eso qué tiene de malo? Se tiene un pasado para seleccionar lo que a uno le interesa, y hay mucho que me interesa de nosotros dos.
ÉL.— ¿Para eso me has buscado después de tanto tiempo?

¿Para pasar en tu casa un fin de semana juntos recordando los viejos días? Pues si es así ya hemos terminado, porque yo no me acuerdo de nada.

PADRE.— ¿Así hablan los jóvenes cuando están a solas?

ELLA.— Espera...

PADRE.— ¿De verdad hablan así? No me lo creo.

ELLA.— Sí hay cosas de las que te gustaría acordarte.

ÉL.— ¿Ah, sí? ¿De qué? ¿De que una vez pude ir por la calle sin que a mi espalda se burlasen de mí, o ni siquiera a mi espalda, sino a la cara y sin atreverme a hacer nada?

ELLA.— No; de que una vez fuimos niños pequeños los dos.

ÉL.— De eso hace mucho tiempo.

ELLA.— No tanto.

PADRE.— ¿Quién no ha sido pequeño alguna vez?

ELLA.— Y también de que jugábamos juntos, y nos reíamos, y hacíamos funciones que venían a ver los amigos y la familia.

ÉL.— Sí, y también papá.

ELLA.— No...

PADRE.— No.

ELLA.— ... A él no le toca jugar aún.

PADRE.— Yo no soy ese papá.

ELLA.— Y nos aplaudían y luego nos íbamos a merendar y nos invitaban, y los tíos nos daban monedas para guardarlas en nuestras huchas; ¿te acuerdas?

ÉL.— Sí.

PADRE.— No.

ELLA.— ¿Y te acuerdas también de cómo nos pedían que cantásemos canciones de mayores, de aquellos discos que ellos ponían en sus fiestas y bailaban? ¿Eh? ¿Te acuerdas?

ÉL.— Sí.

PADRE.— No.

ELLA.— Había una que me gustaba más que ninguna. Era una que decía (*Recita mientras el PADRE repite algunas palabras.*) “acaríciame al sueño del suave murmullo de tu suspirar; cómo ríe la vida si tus ojos negros me quieren mirar”.

PADRE.— *Mírame.*

ELLA.— Era muy bonita...

PADRE.— *Aún lo eres.*

ELLA.– ... Yo no sabía lo que quería decir...

PADRE.– *Pregúntamelo.*

ELLA.– ... pero aquello del suave murmullo, a lo mejor era una cursilería, pero me parecía lo más hermoso del mundo.

ÉL.– Era una canción muy hermosa.

PADRE.– *Ella lo es. Fíjate en ella.*

ELLA.– Y luego estaba tu preferida, una muy triste que hablaba de amores. Era también un tango y tenía la letra muy difícil, pero nos la aprendimos porque te gustaba, aunque a mí me costó mucho saberla bien. ¿Cómo decía? "Si yo tuviera el corazón... "

ÉL.– No, no empezaba así; eso venía después. Era (*Recita.*) "uno busca lleno de esperanzas el camino que los sueños prometieron a sus ansias; sabe (*Duda.*)..."

PADRE.– *Que la lucha...*

ÉL.– "... que la lucha es cruel y es mucha, pero lucha y se desangra por la fe que lo..." ¿Que lo qué?

PADRE.– *La fe que lo empecina.*

ÉL.– Sí que es difícil. Ya ni me acordaba de esa canción.

ELLA.– Una canción preciosa.

ÉL.– Bueno, no tanto.

ELLA.– Sí, preciosa. ¿No te gustaría... ?

PADRE.– *No se lo digas.*

ÉL.– ¿Qué?

PADRE.– *O sí, díselo. Total, ¿qué más da?*

ELLA.– ¿No te gustaría que volviésemos a cantarla juntos como antes?

ÉL.– No sé si podría.

ELLA.– Sí; nos la aprenderíamos otra vez bien y podríamos buscar un disco con la música sola y cantar a la vez. Seguro que sería muy divertido.

ÉL.– Sí, y también vestirnos de gala o de disfraces, como los cantantes, y hacer una fiesta para nosotros dos.

ELLA.– Y sonaría un tango.

PADRE.– *¿De dónde sale esa música?*

ELLA.– Y tú me sacarías a bailar.

PADRE.– *¿Quién está tocando?*

ÉL.– Señorita, por favor.

PADRE.– *No.*

ELLA.– Encantada, caballero.

PADRE.– *No bailéis. Los hermanos no bailan entre ellos, no juntan sus cuerpos, no se miran a los ojos.*

ÉL.– Es usted tan hermosa como el reflejo de la luna en un estanque.

PADRE.– *Esas cosas no se dicen.*

ELLA.– Y usted tan apuesto como un roble resistiendo el azote de los vientos.

PADRE.– *Esas palabras son propias del vals, no del tango.*

ÉL.– Su pelo es como luz derramándose en cascadas.

PADRE.– *Esas cosas no se dicen entre hermanos.*

ELLA.– Y su mirada tan misteriosa como la voz de la espesura.

ÉL.– No entiendo cómo joya tan valiosa no tiene a su vera pretendientes que la cortejen.

ELLA.– Quizá porque nunca hasta ahora pudo darse a conocer.

ÉL.– ¿Y cómo ha logrado ocultarse de las gentes?

ELLA.– Manteniéndome mi padre encerrada en su castillo.

(ÉL *la suelta bruscamente y se detiene la música.*)

ÉL.– Puta.

PADRE.– *Zorra.*

ELLA.– Perdóname, no he querido decir eso.

ÉL.– Puta, puta.

PADRE.– *Tenías que hacerlo.*

ELLA.– No he querido decir eso.

PADRE.– *Pero ese padre no soy yo.*

ÉL.– Me voy.

ELLA.– No, quédate. Aún podemos estar juntos. Estuvimos a punto de lograrlo.

ÉL.– Déjame.

ELLA.– Faltó tan poco... Habría bastado sólo un poco más y ya estaría cumplido. Quédate, por favor. Por favor.

ÉL.– Adiós.

ELLA.– Si te vas ahora me mataré.

ÉL.– No quieras asustarme. Sé que no lo harás.

PADRE.– *No lo hará.*

ELLA.– ¿Que no?

PADRE.— Ellas nunca lo hacen. No en la vida real. Cuando va de veras no se atreven.

(ELLA coge una pistola con la que se apunta a la cabeza.)

ELLA.— ¿Y esto, no te asusta?

ÉL.— Dámela.

PADRE.— Déjala. Le gusta hacerse la interesante.

ÉL.— No es momento de hacer tonterías.

ELLA.— Ven por ella si la quieres.

ÉL.— Te estás portando como una niña pequeña.

ELLA.— ¿Y no es eso lo que soy?

ÉL.— No, no es eso.

ELLA.— Entonces, ¿qué soy? Vamos, dímelo.

ÉL.— Una mujer.

ELLA.— ¿Ah, sí? ¿Y qué clase de mujer soy yo?

ÉL.— Ninguna, sólo una mujer.

ELLA.— ¿Nada más? No, yo soy algo más, ¿verdad? Sí, y tú sabes qué más soy yo.

ÉL.— No, no lo sé.

ELLA.— Lo sabes; vamos, dilo. ¿No te atreves? Yo te ayudaré.

Repite: E-res u-na pu-ta. Vamos, repítelo: E-res u-na pu-ta.

Repítelo o me mato.

ÉL.— Eres una puta.

ELLA.— ¿Qué has dicho?

ÉL.— Eres una puta.

ELLA.— Más alto, que no te oigo.

ÉL.— Eres una puta.

ELLA.— ¿Qué es eso? Hace un rato lo decías perfectamente y ahora apenas se te oye. Vamos, grita.

ÉL.— Eres una puta.

ELLA.— Que grites te digo.

ÉL.— Eres una puta.

ELLA.— Más.

ÉL.— Eres una puta.

ELLA.— Eso es. Más, más.

ÉL.— Eres una puta.

ELLA.— Bien; más.

ÉL.– Una puta, una puta...

PADRE.– Pero este no es el final. No hay que tener prisa. Los jóvenes creen que cada momento es el último, que todo termina en un instante y es preciso apurarlo, aprovecharlo como si no hubiese ocasión para más. Esta historia, aunque lo parezca, todavía no ha terminado.

(ÉL cae boca abajo mientras ELLA sigue insistiendo; después ELLA se calma y sólo se oye el llanto y la voz de ÉL. ELLA deja la pistola; ÉL sigue gimoteando, pero de un modo más espaciado.)

ELLA.– *(Reposadamente.)* ¿Era así como lo querías? ¿Te parecía mejor? Yo había pensado en otras maneras, pero tengo que reconocer que esta tampoco ha estado mal; quizá con un poco de excesiva vehemencia para mi gusto, pero eso es un detalle menor, un prurito de perfección tal vez demasiado quisquilloso por mi parte, y tampoco merece que le concedamos más importancia de la que tiene, aunque realmente me gustaría conocer tu opinión al respecto. No ahora, claro está, sino luego, otro día, cuando podamos recordar este incidente como algo sin importancia en nuestras vidas. Estoy segura de que ese momento llegará en seguida. Hasta entonces te quedarás aquí, viviendo conmigo, los dos solos; así tendremos tiempo para habituarnos el uno al otro, para conocernos mutuamente y para comprendernos. Tú ya no me llamarás puta y yo nunca te llamaré nada. Podemos tener unas vidas normales, conocer gente, enamorarnos de personas maravillosas y casarnos, aunque tampoco es imprescindible, pero hasta que eso llegue seremos de nuevo hermanos y nos apoyaremos siempre y en todo. Lo primero que hay que hacer es separarte de esas relaciones tan poco aconsejables de que te rodeas. Desde que estoy sola no he hecho otra cosa que buscarte e intentar saber de ti, y lo que conozco de tu círculo de amistades no me parece conveniente. A partir de ahora, los dos hemos terminado con nuestras vidas anteriores. Podemos irnos a otra ciudad, si quieres; yo tengo el dinero de la herencia, que repartiré contigo, y nos dará para vivir algún tiempo desahogadamente

hasta que encontremos una ocupación. Pero tú no te preocupes, que de eso y de todo me encargaré yo.

PADRE.— *¡Qué sola estas!*

ÉL.— ¿Qué pensaba papá de mí?

ELLA.— ¿Qué has dicho?

ÉL.— ¿Qué pensaba papá de mí?

PADRE.— *¡Qué solo también tú!*

ELLA.— Quizá no he sido muy explícita, pero ha quedado claro que ya no hablaremos de ese tema.

PADRE.— *No hay derecho a estar tan solos.*

ÉL.— Pero yo necesito saberlo.

PADRE.— *No se nace para vivir en soledad.*

ELLA.— No tienes por qué.

PADRE.— *Ningún padre da a sus hijos a la soledad.*

ÉL.— Sí tengo por qué, lo necesito.

PADRE.— *Los padres no sabemos nada de los hijos.*

ELLA.— Está bien, está bien; yo creo que no, pero si tú dices que lo necesitas, por algo será, y lo acepto.

PADRE.— *Y los hijos lo ignoran todo de sus padres.*

ÉL.— Pues dímelo.

ELLA.— Sí, sí; pero antes debemos acordar que será la última vez que toquemos el asunto.

ÉL.— De acuerdo, pero entonces me lo tienes que contar todo.

ELLA.— ¿Prometido que nunca más?

ÉL.— Prometido; empieza ya.

ELLA.— ¿Qué quieres saber?

ÉL.— Lo que pensaba de mí.

ELLA.— Pero lo que pensaba ¿cuándo?, ¿de qué?

ÉL.— Lo que pensaba siempre, de todo.

ELLA.— Pero...

ÉL.— Basta ya; sabes muy bien lo que te estoy preguntando.

PADRE.— *Díselo ya.*

ELLA.— Le parecía mal.

ÉL.— ¿Y qué más?

PADRE.— *Díselo todo.*

ELLA.— Nada más. Mal, eso es todo.

ÉL.— Pero mal, ¿cómo?

PADRE.— *No mientas.*